

## ¿QUÉ SON EL "ESTADO PROFUNDO" Y LA "IGLESIA PROFUNDA"?

Aquellos comprometidos con el fortalecimiento de las instituciones globales solo pueden unirse por lo que acuerden, y esa no es una visión de la buena vida y la sociedad basada en el cristianismo, la ley natural o cualquier tradición moral o cultural desarrollada.



8 de julio de 2020 James Kalb

Basilica de San Pedro, Città del Vaticano, Ciudad del Vaticano (Imagen: Sean Ang | Unsplash.com)

La frase "estado profundo" ha estado en las noticias últimamente, principalmente en relación con la extraordinaria

resistencia del gobierno federal a Donald Trump. La concepción a veces se extiende a la "iglesia profunda", que el controvertido arzobispo Carlo Maria Viganò retrata como una red clerical sombría "que traiciona sus deberes y renuncia a sus compromisos apropiados ante Dios".

¿Qué es todo esto? El arzobispo le da a la situación un significado cósmico, como parte de una batalla entre "los hijos de la luz y los hijos de la oscuridad". Y ciertamente tenemos razones para creer que existen redes influyentes que ponen en riesgo a las almas y las naciones.

Aun así, la perspectiva cósmica puede complementarse con una más puramente humana e institucional. La expresión "estado profundo" es originalmente turco, y se refiere a una red de oficiales militares y otros dedicados a mantener el orden político secular establecido por Kemal Atatürk. Pero la idea no se originó con los turcos. Básicamente es una extensión de viejas ideas como "poder detrás del trono" e "*imperium in imperio*" a los grandes estados burocráticos modernos.

En ese contexto, algo por el estilo parece inevitable. Los funcionarios de carrera tienen sus propias preocupaciones y formas de ver las cosas, y creen que entienden la situación, sus trabajos y los propósitos apropiados de la institución mucho mejor que los funcionarios electos cuya voluntad teóricamente están acusados de llevar a cabo, y mucho menos los votantes que eligieron a sus superiores y pagan sus salarios. Además, las burocracias son difíciles de manejar, y las personas que enfrentan problemas urgentes inevitablemente encuentran otras formas menos formales de tomar decisiones. Ponga las dos tendencias juntas y se garantiza algo así como un estado profundo, un gobierno dentro del gobierno.

En los últimos tiempos, la Iglesia se ha convertido más en una gran organización secular. Quienes manejan su maquinaria han desarrollado una comprensión de su rol e identidad que está mucho menos conectada con la tradición de la Iglesia. Cuanto más administrada y burocrática se vuelve, y cuanto más coopera con otras grandes organizaciones burocráticas, más cierto es eso.

Esa comprensión difiere del anticuado clericalismo, que se desarrolló en un entorno muy diferente. Los que participan en él incluyen no solo clérigos sino laicos, muchos de ellos empleados no por la Iglesia sino por instituciones relacionadas con ella. La base de su pretensión de legitimidad no es el carisma divino, sino algo mucho más moderno y más parecido a la concepción secular de la experiencia. Es por eso que escuchamos mucho más sobre "expertos", "programas", "materiales educativos" y "mejores prácticas" en la Iglesia de lo que la gente alguna vez hizo.

Normalmente, algo así como un estado profundo no es del todo malo. Los empleados de carrera tienen conocimientos especiales, y la continuidad de la política es importante. En un sistema de gobierno que se ocupa de cuestiones complejas, las redes de funcionarios pueden cumplir una función importante al acumular experiencia, coordinar esfuerzos y amortiguar las demandas políticas a corto plazo. Esa es una razón por la cual todos los gobiernos mantienen un servicio civil profesional.

Incluso en la Iglesia, tiene sentido que los impulsos y las aspiraciones de un papa estén al menos algo restringidos por la experiencia institucional y el juicio. La autoridad otorgada a un papa significa que debe ser circunspecto en lo que dice y hace, y el equivalente eclesiástico de los funcionarios públicos, que mantienen la continuidad institucional, lo ayudan a hacerlo. Si un papa toma una decisión imprudente, es igual si sus subordinados limitan su efecto.

Pero hoy la situación se transforma por el crecimiento de una clase profesional y gerencial entrelazada que dirige a toda la sociedad occidental. En sus niveles superiores, esa clase incluye líderes empresariales, así como jueces, funcionarios, cabilderos, periodistas, académicos, funcionarios de ONG y miembros del colegio de abogados de élite.

Las conexiones entre esas personas están simbolizadas por la famosa "puerta giratoria" a través de la cual los funcionarios de alto nivel rotan entre el gobierno, los negocios, la academia y el mundo sin fines de lucro. Estas personas a menudo están casadas o relacionadas entre sí. Van cada vez más a las mismas escuelas. (Donald Trump es el primer presidente desde que Ronald Reagan no asiste ni a Yale ni a Harvard, el *almae* de todos los jueces actuales de la Corte Suprema). Internet ha aumentado enormemente su capacidad para discutir y coordinar estrategias y mensajes. Y los más destacados se reúnen regularmente en eventos como las conferencias de Davos y Bilderberger.

En un mundo cada vez más interconectado, esas personas difícilmente pueden evitar tomar conciencia de sus intereses y preocupaciones comunes, y de las ventajas de la cooperación. Esa conciencia los lleva a desarrollar lealtades dirigidas más hacia el sistema en su conjunto que hacia el país o institución particular en el que están empleados.

Estas tendencias se ven reforzadas por el énfasis actual en la necesidad de sistemas comunes de gobernanza para abordar problemas como el calentamiento global, las epidemias, el crecimiento de la población y el movimiento internacional de trabajadores. Ese énfasis resulta al menos en parte de una aspiración general a un orden global más integrado. Si desea un sistema de este tipo por otras razones, es probable que llame la atención sobre tales peligros y la presunta necesidad de una acción global para enfrentarlos.

En las últimas décadas, los líderes de la Iglesia se han apegado cada vez más a tales esfuerzos. En el papado actual, esa tendencia se ha vuelto completamente dominante, como se ve en los esfuerzos por minimizar los problemas que ponen a la Iglesia en oposición al consenso de gobierno secular, enfatizan las interpretaciones de las enseñanzas de la Iglesia, legítimas o no, que se alinean con ella, y generalmente coordinan esfuerzos con organizaciones internacionales.

Esa tendencia parece ser apoyada por personas dentro de la Iglesia, la "iglesia profunda" del Arzobispo Viganò, que se identifican fundamentalmente como parte de la clase dirigente profesional y gerencial. En algunos casos, la liberación de tales personas de lo que es específicamente católico se asocia evidentemente con la liberación de tendencias más oscuras dentro de ellos.

Pero, ¿qué debemos hacer con todo esto? Un orden global cooperativo que mantenga la paz, el orden, la estabilidad y el desarrollo económico no suena tan mal. Desde esa perspectiva, el intento de la Iglesia de aliarse con el orden mundial emergente reflejaría la creencia de que es inevitable y deseable, y debe infundirse con los principios cristianos a través de la participación de la Iglesia.

Pero, ¿puede tal esfuerzo tener éxito? Aquellos comprometidos con el fortalecimiento de las instituciones globales solo pueden unirse por lo que acuerden, y esa no es una visión de la buena vida y la sociedad basada en el cristianismo, la ley natural o cualquier tradición moral o cultural desarrollada.

En cambio, es una visión basada estrechamente en la tecnología y la economía que tiene como objetivo el bienestar material y la seguridad. Esos objetivos no están moderados por ninguna visión más amplia, y el esfuerzo apunta a la amplitud, por lo que todas las cosas deben estar subordinadas a ellos. Y eso significa enlistar todo al servicio del sistema considerado excepcionalmente adecuado para avanzar en tales cosas, un orden tecnocrático global fácilmente manejable por multimillonarios y burócratas.

Por lo tanto, el mundo debe ser reconstruido según el modelo de un proceso industrial. Con eso en mente, su población debe convertirse en componentes y materias primas para la máquina: manejable, manipulable e intercambiable. Las tradiciones nacionales, culturales y religiosas interfieren con la transformación, por lo que deben irse. Como vemos a nuestro alrededor hoy, la historia debe ser destruida, los monumentos derribados, e incluso las distinciones sexuales, la base de la familia y, por lo tanto, de la sociedad, tal como fue concebida tradicionalmente, erradicada por completo.

En tal sistema, no se puede permitir que la Iglesia sea la Iglesia: ella se interpondría en el camino. La dirección de los acontecimientos parece tan alarmante e incluso apocalíptica como sugiere el arzobispo Viganò.

Aun así, el esfuerzo fracasará a través de sus propias debilidades internas. El enfoque tecnológico para todas las cosas reduce el conocimiento a la experiencia formal, rechazando el reconocimiento informal de patrones y la red de expectativas y entendimientos evolucionados que tiene sentido común. El resultado es que nuestros gobernantes están perdiendo contacto con la realidad. Al mismo tiempo, la falta de una visión sostenida del bien y el consiguiente caos moral aumentan la influencia del miedo y el odio, energizados y estabilizados por las mentiras, como principios organizadores y motivadores. Los recientes disturbios han puesto esa tendencia a la vista.

Estas tendencias no son un buen augurio, y es muy probable que haya años tormentosos por venir a medida que la sociedad se vuelva a la vez más anárquica, más tiránica y más incompetente. Cómo se desarrollará todo es impredecible. Aun así, sabemos que la locura se destruye a sí misma mientras perdura el principio de la vida. Si la Iglesia mantiene firmemente ese principio, prevalecerá. Y estamos seguros de que lo hará.